

—Dejadme un momento mas, respondió la duquesa melancólicamente.

Ketty se volvió para no presenciar aquella escena, que despedazaba las entrañas.

—Hijo mio, (decia la moribunda con acento desfalleciente como si hablara con quien la entendiese) te quedas sin madre, cuando no sabes aun qué dulces son sus cariños; qué halagüeños sus cuidados continuos; qué grandiosa su providencia...

La desolada madre sellaba los entreabiertos labios del inocente con un ósculo apasionado.

—Yo hubiera empezado á repetirte los nombres fáciles á tu balbuciente pronunciacion. Yo te hubiese hecho proferir de rodillas sobre mis rodillas tus primeras plegarias al Señor. Yo hubiera fijado tus manecitas y tus ojos espresivos en los primeros caracteres que dan vida al pensamiento.....

La Cantadora acarició los sedosos bucles de la rizada caballera de su liijo, continuando con efusion adolorida:

—Nada de esto, misera criatura: nada de esto será posible. Te queda el amparo de un hombre poderoso; pero un hombre no sabe velar por vosotros con la afectuosidad prolija de las madres, seres recién inscriptos en el libro de la vida. La voz de un hombre os aterra por su vibracion grave y hueca.... necesitais la voz de una muger que recree vuestro oido, sin asustar vuestros tímidos corazones con entonacion severa... Huérfano, verás con envidia el niño que chupa el pecho maternal, el pequeñuelo que juguetea al rededor de su madre; la madre que conduce de la mano á sus hijos....

—Señora, volvió á decir Ketty suplicante.

Juana prosiguió absorta en sus tétricas reflexiones.

—Yo lloraba cuando veia á un infante entre los brazos de su madre; porque echaba de menos una asiduidad tan solícita en mi vida de huérfana, como la que hiriendo mis ojos, lastimaba mi corazon. Tu llorarás tambien, pobre huérfano, entregado á la tutela mercenaria.... te preguntará una voz amiga *¿qué tienes?* como me preguntaba Nenni, y responderás cohibido y temeroso de herir con tu queja á los que te aman,

lo que yo respondia al buen trovador «=*nada padre mio*»=

—Basta, señora, basta por los magos de Colonia, interrumpió la nodriza sin poder reprimir su penosa impaciencia.

—Ven acá, Ketty (continuó Juana con esa fatiga que denuncia el colmo de la angustia mas abrumadora) ¿No es verdad que Dios no puede reprobar que se sienta abandonar la tierra por el cielo, cuando se deja una prenda tan querida en el valle de la azarosa peregrinacion?

—¡Oh! sin duda, mi buen ama.

—Sí (repuso la duquesa con la conviccion mas consoladora) el Dios de la piedad inagotable no tomará en cuenta á las madres, que se sienten morir el grito de consternacion por los pedazos de su sér, en presencia del ángel de la muerte.

—Es cierto, pero dejad que me lleve de aquí á Cárlos.

—Un instante Ketty (replicó la moribunda deshaciéndose en llanto) ¡Oh Dios mio! Yo no os pido la vida; cúmplase en mí vuestra voluntad: yo digo como la santa madre del redentor—«*he aquí vuestra esclava*»= Pero aceptad mi sumision en prenda de mis votos por la felicidad de este niño.... Yo tenia derecho á reclamar ¡*tan jóven morir!* y este lamento al hundirme en el polvo hubiera sido la espontaneidad de los instintos de vida, la voz de la naturaleza. En vez de esto, repito, *héme aquí pronta*: domar las pasiones, formar vuestra doctrina sagrada y los costosos triunfos sobre sí propio, son méritos á vuestra escelsa consideracion, No apliqueis al bien de mi alma la recompensa de este sacrificio: computadle en provecho de este inocente, y de sus destinos futuros.

La Cantadora dejó caer su cabeza sobre el seno, como cae la corola de una flor marchita sobre su tallo.

Ketty quiso retirar al infante de sus rodillas.

—No, no (esclamó la amada de Cárlos Quinto con ansiedad, comprimiendo contra su regazo al bastardo régio) El beso último ¡el último, hijo mio, mi solo amor sin remordimientos ni vergüenza!

La Cantadora cayó rendida al combate de tan fuerte emo-

cion, y la nodriza se apoderó resuelta del niño, que al roce de los labios ásperos y agrieteados de la enferma y el estallido del ósculo anhelante que estampara en su frente suspiro como para despertar, moviendo su linda cabeza de Querubín en lánguido desmerezo.

Cuando Juana recobró, sus cansados alientos y tornó á pugnar por incorporarse, Ketty habia desaparecido con su amable cria.

La duquesa levantó las manos al cielo en intensa oracion.

Una especie de somnolencia preindicaba el agotamiento de sus gérmenes vitales; cerró los ojos, y tan profundo era el sopor que embargaba sus facultades, que su brazo que posaba sobre la cubierta de sus ropas se deslizó poco á poco, cayendo oscilante como inerte miembro.

Su cabello desatado vela el pecho que la descompuesta bata deja emular con la blanquísima batista, y en desorden los sedosos rizos caen al rededor de su garganta cual caireles de oro de un prendido.

La luz triste de una lámpara de búcaro lusitano destella sobre su fisonomía dando resalte á la palidez que la hace mas interesante, y prestando tintas mas sombrías á las ojeras violáceas que circuyen sus ojos.

El Angel de la hora postrera cubre con sus alas aquel lecho, y fija en la que ha de sostener en los trances de la próxima agonía, esa mirada que infunde transportes de viva contricion en el ánimo de los que espiran.

El espíritu de las tinieblas no se levanta orgulloso frente á su antagonista, porque no puede disputarle la posesion de aquel alma, que por la confesion acaba de purificarse de sus manchas; pero aguarda un instante todavia. Juana espera á Carlos. La vista del objeto de su amor puede suscitar un pensamiento liviano en aquella mente débil, y el espíritu de los abismos espia aquel momento, como el monstruoso boa la oportunidad de asir la victima que aguarda sofocar entre sus roscas aceradas y devorarla en seguida.

—Juana, tesoro mio, mi único amor, gritó el César entran-

do con frenético apresuramiento en el cuarto de su querida, y arrodillándose al lado de la cama cojió entre sus manos las de la duquesa, que bañó de lágrimas cubriéndolas de besos.

—Cárlos, dijo la jóven con apagada voz.

—Vive, ídolo de mi alma, vive, exclamó don Cárlos desesperado.

—Cárlos (repitió la agonizante con esa precipitacion de los que temen perder un minuto en tan tremendas y solemnes circunstancias) No hablemos de mí, tratemos de nuestro hijo.

—Juana, vive ó llévame donde vas.

—Por favor... escúchame (replicó la Cantadora con imponderable avidez) Yo conozco que se acerca el plazo de nuestra separacion... Cárlos, que yo no muera sin espresarte mi último voto.

—Tu no puedes serme arrancada (dijo el mancebo con delirante exaltacion). Seria demasiada crueldad en el árbitro de nuestra suerte....

—Cárlos, interrumpió la duquesa con severidad.

—No: eso no puede ser (repitió el emperador con acento que estremecia) Fuera una burla desapiadada de la Providencia darte las esperanzas de la vida para fenecer en la flor de tu juventud.

—Cárlos! (insistió la jóven con la majestad de la indignacion en las almas fuertes por la fé). Si habeis venido al lecho de los dolores á blasfemar como los réprobos, dejadme morir en pensamientos penitentes, y no hagais el papel de Satanás.

—Perdon! perdon, Juana! repuso el descendiente de sangre real, sollozando y escondiendo el rostro entre las manos de su amada, que mantenía estrechamente asidas.

El montero Stolk penetró consternado en la estancia, y aproximóse á los amantes con lentitud.

El César se levantó de repente. Una inspiración súbita brillaba en su semblante.

—Juana, el sacerdote espera en una pieza inmediata.

—¿Qué quieres decir?...

—Venga luego y bendiga nuestra union.

—¿Quieres hacerme tu esposa? preguntó la duquesa rebo-  
sando alegría su demudado rostro.

—Sí, Juana. No hay que perder un segundo....

—Detente, Carlos, eso no puede verificarse.

—¿Por qué?

—Porque tú no debes unir tu destino al de una oscura  
plebeya.... Faltarías á tus deberes de rey; á los estatutos  
de tus estados....

—¿Y qué importa?

—No puede verificarse. La razon de estado se opone: el  
padre *Hildebrand* me esplicó mil consideraciones de politica  
que comprendo, aunque no acierte á espresarlas.... ¡Impo-  
sible!

—Pero....

—Que no, te digo....

—Tu alegría de hace poco....

—Mi alegría era el testimonio de mi gratitud; no la aspi-  
racion ambiciosa de mi alma. Déjame concluir como he prin-  
cipiado: amándote por ti mismo; sin una idea que se eleve á  
tu rango soberano.

—Pero, un matrimonio secreto....

La mano de la duquesa cerró los lábios del monarca.

—Déjame vivir algunos minutos mas. (replicó sonriendo  
Juana) ¿No conoces que el júbilo de nuestro amor, coronado  
por Himeneo, me mataria de placer. La demasiada felicidad  
anonada como el estremado dolor.

—Habla, mi bien ¿qué deseas?

—Carlos (dijo la huérfana con un gesto suplicante) voy á  
pedirte una gracia, que no me negará tu corazon magnánimo.

—¿Qué puedo yo negarte?

—Reflexiona que es el último voto de la que tanto te  
amó....

—No dudes de mí, Juana.

—Sé que voy á exigirte una promesa inconveniente; que  
dejes de hacer lo que en tu caso hacen los príncipes de la  
cristiandad: que no prevengan las contingencias futuras, que

en situaciones como la presente previenen las testas coronadas.....

—Te juro por la memoria de mi padre cumplir fielmente tus designios cualquiera que ellos sean.

—Cárlos, mi digno, mi grande soberano.....

—Aunque me mandáras olvidar las mas atroces injurias; reconciliarme con mi mas capital enemigo; jurar alianza eterna con el mismo Francisco de Valois, serias obedecida.

La duquesa llevo á sus lábios las manos del César de Occidente, en un transporte de agradecimiento infinito.

—Oyeme (repuso con ternura). Yo sé que los bastardos tienen impuesto un destino, que les inutilice para los proyectos insensatos de una ambicion audaz. He leído la historia de tus dominios de España en mi retiro de Belle-Chasse, y sé que Alonso Onceno dejó á Castilla una horrible guerra civil en su hijo legítimo y en sus hijos adulterinos: que los hijos de Leonor de Guzman fueron los constantes adversarios del hijo de doña María de Portugal: que Montiel fué el hórrido teatro del fratricidio, y el solio castellano fué hollado por el bastardo Enrique.....

—Y bien, interrumpió don Cárlos impaciente.

—Desde entonces (continuó Juana cada vez mas despacio y con mayor fatiga) los bastardos se alejan del trono por la imposicion de un destino que incluya la renuncia á las grandezas mundanas.... Tu abuelo don Fernando el Cático hizo á su hijo de ilejitima union arzobispo de Zaragoza, y á sus dos hermanas monjas agustinas del convento de Madrigal.....

—Comprendo.

—Cárlos (añadió la moribunda en ademan de impetrar su benevolencia) educa á nuestro hijo con la humildad de un labriego; alejale del trono que pudiera un dia ser objeto de sus anhelos; pero no le fuerces á vestir el traje de los sacerdotes: no le obligues á pronunciar los votos de los consagrados al servicio divino.....

El rey quiso hablar; pero Juana prosiguió con vehemencia:

—Los deberes del ministerio santo, son de una imponente

severidad; la renuncia á cuantos goces y pompas ofrece el panorama vistoso del Universo demasiado costoso; la responsabilidad del que acepta el austero carácter sin llenar las estrictas condiciones, sin cumplir los venerandos compromisos, harto estrecha para con los hombres y con Dios.... Cárlos, no inmoles á mi hijo á la implacable razon de estado....

—Te lo juro por mi gloria de rey, por mi fé de caballero.

—Oh! gracias, mi adorado Cárlos, (contestó con efusion gozosa la enferma). Me acabas de quitar un peso insoportable, que gravitaba aquí.... sobre mi corazon.

—No es necesario criarle en la obscuridad para curarle de la ambicion: le daremos otra religion mas noble; la de la gloria. Guerrero esforzado, codiciará esos laureles que brillan mas que la pedreria de una corona regia. Me prometo dejar á mi hijo, con el auxilio de Dios, demasiado grande por sí propio, para que tenga que recurrir á las bastardias de la usurpacion para alcanzar la escelsitud.

—¡Cuánto bien me haces con estas palabras!

—¿Qué mas deseas? Nada me reserves.

—Quiero que sepas mi único secreto.

—Te escucho.

—Yo no soy la hija de Nenni...

—¡Cómo!

—Poco antes de espirar el anciano trovador me contó esta historia sijilosa.

—¡Es posible!

—Segun le dijo el encargado en hacerme desaparecer por mandato de una celosa dama, desciendo de un alto personaje y una ilustre prócer... llevo al cuello cierta medalla de oro, que servia de señal de mi origen... Tómala Cárlos; el dia en que nací me la pendieron: el dia en que voy á morir, la traspaso como recuerdo del fruto de nuestros amores...

El emperador tomó de manos de su amada la medalla de oro, y la besó con relijioso respeto; despues guardóla en su escarcela.

—Es mi voluntad, dijo la duquesa con acento, (que iba de Cárlos Quinto.

bilitándose por grados) que nuestro hijo la lleve como yo al cuello, y que sepa un día que tal fué el postrer deseo de su madre.

—Sereis puntualmente obedecida, señora (esclamó el anciano Stolk, con eco solemne y reposado), porque mientras Dios me conserve la existencia no me he de separar un punto de esa criatura.

La duquesa tendió su mano descarnada al leal montero, que la oprimió entre sus manos ásperas y rugosas.

—Si la piedad del Señor prolonga mis días (continuó el honrado Herman), si está en estado de comprenderme, antes que yo sucumba al peso de mi edad avanzada, yo le diré lo que era su madre: un ángel de bondad y resignacion, que vivió mártir de un solo desliz; y murió con la muerte reposada de los bienaventurados.

—Herman, el cielo te lo recompense, respondió Juana dejándose caer sobre la almohada falta de fuerzas y sintiendo la debilidad precursora de la agonía.

—Juana, Juana, gritó el César temblando, y apresurándose á levantar á la decaida hermosa.

—Déjame, replicó la moribunda ajitándose con aliento fatigado.

—Juana, repuso don Carlos con acento furioso como el tórceador tormento de su seno.

—Herman, avisa al padre Hildebrand (dijo la duquesa); avisale Stolk.

—Stolk, aguarda todavía.

—¡Por favor!.... Carlos, déjame morir al lado de un sacerdote,

—Pero si no me has dado el último adios.

Juana se incorporó con sumo trabajo.

Sus miradas vagaban empañadas por el velo de la muerte.

Tendió sus brazos al emperador que se precipitó en ellos.

—Tesoro mio, encanto de mi ser...

—¡Adios Carlos! ¡Adios por la eternidad!

—¡Un beso á tus ojos que fueren mis soles!... ¡Un beso á

tu boca que ha pronunciado las palabras que me hacían feliz!

—Basta, (dijo penosamente la duquesa debatiéndose entre los lazos en que la sujetaba su amante en el delirio de sus dolorosos extremos), basta, Carlos. No suscites mis recuerdos... permite que deseche las imágenes profanas...

—Sí, mujer, olvidame (replicó el emperador exasperado). Destiérrame de tu memoria: haz conmigo como con lucifer; apártame de tu lecho.

—Carlos (esclamó la moribunda con crecientes afanes.) Solo esto me faltaba... reconvencciones en esta hora...

—¿Pues qué (repuso el soberano con irritacion demente)? ¿Es tan grande tu crimen, que la religion te exija despues de confesarle, y ya perdonado, que rechaces al que mereció tu amor...?

—No es eso, contestó desfallecida Juana.

—Pues habla... di...

—Para conformarse á morir resignada, es preciso mucha fuerza moral...

—¡Oh! sí, mucho.

—Desechar recuerdos tiernísimos... amorosos...

—Cierto.

—Apartar los ojos del mundo que bulle, se agita, y brinda emociones sin cuento...

—Prosigue.

—Tapar los oidos para no escuchar una voz íntima que repite. —*Tan jóven y morir!*... otra voz que reproduce los lances gratos de la vida, que se evapora... las voces del mundo que incesantemente se oye en estas horas supremas, convidando á sus deleites, á sus festines, á sus palpitante conmociones...

—Y bien...

—Y bien Carlos: tú eres para mí una tentacion poderosa...

—¡El ángel malo!...

—No (respondió con desaliento Juana), pero ¿cómo quieres que no me revele contra el destino, que mí fé ordena

aceptar, cuando con tu presencia me acuerdas la ventura que disfrutara, y la dicha que voy á perder para siempre?

—Ángel de mis ilusiones perdóname.

—Cárlos ven acá, amigo mio... dáme tu mano...

—Juana, mi 'solo amor...

—No me olvides.

—¡Olvidarte! ¡Dios mio!

—Nadie te amará cual yo te he amado.

—Juana...

—¡Adios! Dáme la última prueba de tu cariño... retírate.

Herman observó la postracion de aquel ánimo y quiso ahorrar á su jóven señor el espectáculo de una agonía, que comenzaba á significar sus combates en gestos, y estremecimientos convulsivos.

Dirijióse al monarca, y tomándole del brazo, dijole con resolucion:

—Nada tenemos que hacer aqui: usurpamos el puesto del sacerdote.

—Mírala (dijo don Cárlos señalando á la agonizante, y sonriendo con una sonrisa glacial; sonrisa sin dolor; sonrisa sin alegría; sonrisa de insensato), se muere.

—Vámonos de aqui, repuso el anciano montero imperial.

—No; espera aun.

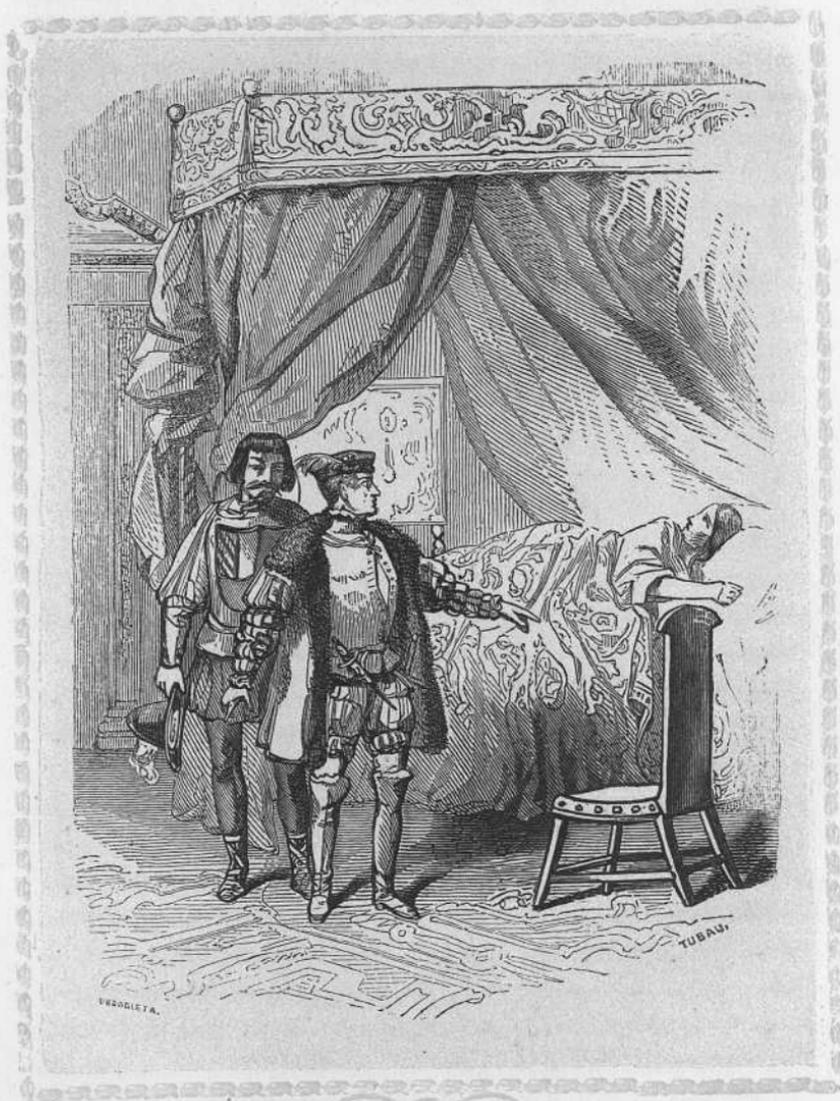
—Vámonos (gritó Stolk empujando vigorosamente al mancebo.) Ni nuestros cuidados pueden prolongar su vida; ni merecer su postrer' mirada de gratitud.

Y arrebatando á don Cárlos del lado de la que parecia exhalar el espiritu en cada gemido estertoroso de su pecho, le condujo por el brazo fuera de la fúnebre estancia.

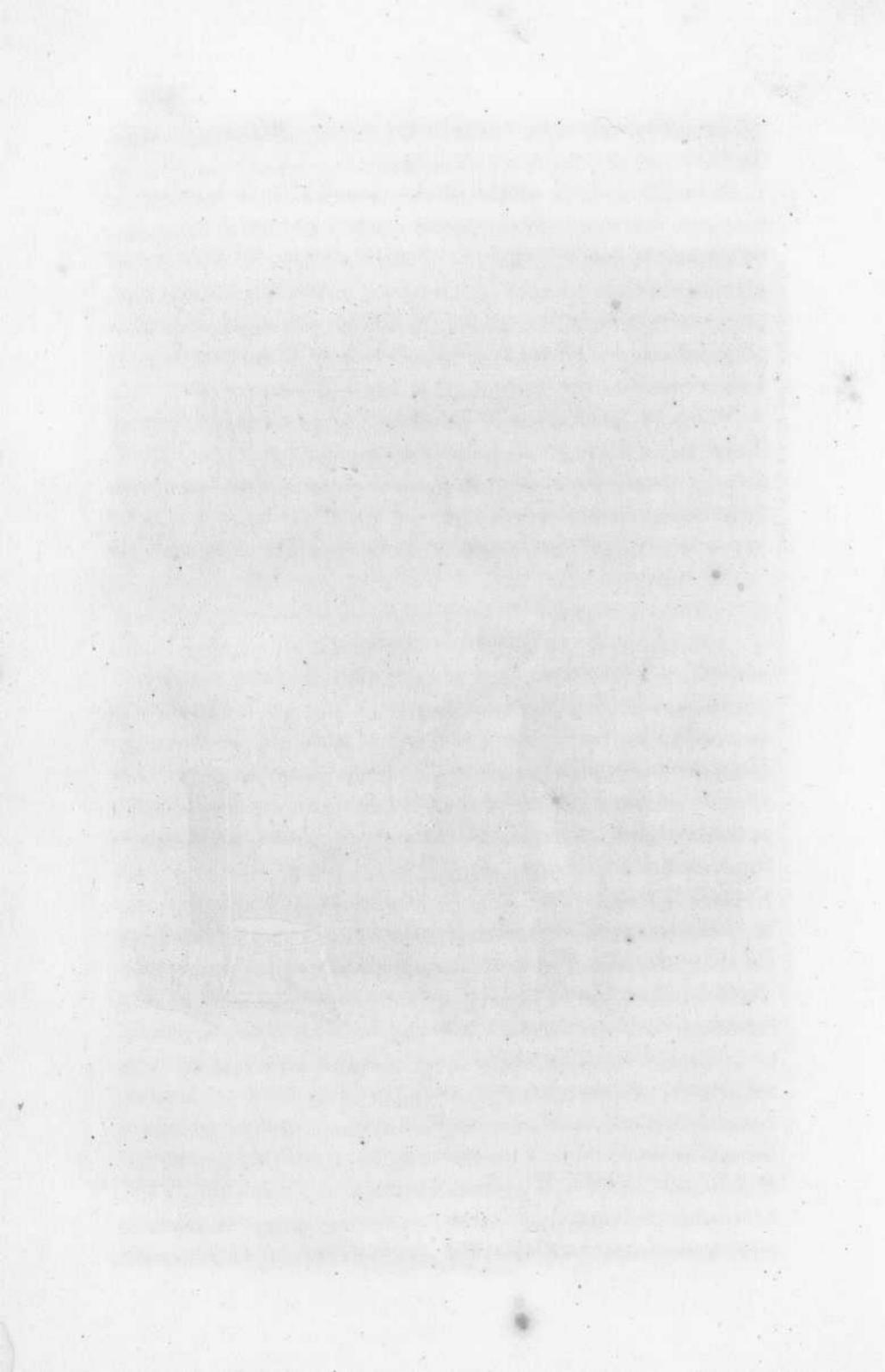
El César salió como el idiota á quien guia un encargado de los faltos de razon, y que sigue al que le lleva con indiferencia inalterable.

El padre Hildebrand entró al poco tiempo.

El génio del abismo que fiaba en los pensamiento mundanos, que la presencia de su amante escitasen en Juana, hu-



Cárlas V.  
lám. 7.<sup>a</sup>



yó al aproximarse el ministro del Señor, á la que en vano acechara en sus últimos momentos.

El ángel de los finales dolores sonrió en su victoria, y estendió sus manos para recoger aquel soplo de la boca divina que los hombres llaman el alma y que el invisible guardian de nuestros espíritus eleva á los piés del Ser Supremo, para responder de la custodia que le está confiada, y entregarla segun sus méritos á las inefables delicias de la gloria, ó á los tormentos sin término de la reprobacion.

Cuando tornó á salir al cabo de un cuarto de hora el franciscano, Herman le salió al encuentro.

—Descansa en paz (dijo el monje con voz serena.) Su muerte ha sido la muerte de los justos.

## VIII.

### Herman Stolk.

Valerio de San-Medardo, conocido por el Virgilio germánico en las córtes de Carlos y Enrique, era un jóven de diez y ocho primaveras, hermoso como pinta Ovidio al Narciso de la fábula pagana; cándido como un infante; de imaginacion fecunda, de talento claro y erudicion admirable en sus años y en su época.

Valerio, de orijen flamenco, habia probado en Bruselas su descendencia de Federico II por el precioso principe Enzio, el de los cabellos rubios, tan inhumanamente sacrificado. El matrimonio secreto del principe con una hidalga inauguró la rama, de que fruto privilegiado, vino al mundo, el Virgilio aleman, y desde tal prueba, Valerio añadió á la estimacion de sus insignes dotes, el prestigio de su augusto linaje y el cariño á la reminiscencia de su familia, de aquella estirpe heroica y desafortunada, cuyo tráfico ya deploran tristísimas, antiguas leyendas; ya sobre la deposicion de Federico por Inocencio IV en el concilio de Leon; ya sobre su muerte de tristeza en Florentino; ya sobre la prision en una

jaula férrea de Enzo; ya sobre la decapitacion de Conradin en Nápoles; atentado execrable de Carlos de Aujou.

Valerio, educado en el Seminario de Nobles en Bruselas, manifestó desde sus años mas tiernos inclinaciones felices á las artes; sus maestros en historia, literatura, filosofia, y música; le reputaron una extraordinaria capacidad, y cuando el púbero abandonó las áulas, por la voluntad de su tutor, sus condiscípulos rindieron ovaciones en alto grado honoríficas al talento y á las virtudes del egregio compañero, que dejaba privado al seminario de su mejor alumno.

El descendiente de la casa de Suabia resistió entrar en el claustro, como su tutor le propusiera, y asimismo repugnó las profesiones de médico y preceptor de artes en Institutos públicos, ambicioso de la gloria de Blondel de Nesle cerca de Ricardo Corazon de leon; de la estimacion que obtuvo Juan de Mena en la córte de Juan II; de este ministerio de grato solaz que desempeñaron en la Roma de Augusto, Ovidio, Virjilio y Horacio. Valerio conocia el tipo de la belleza poética de griegos y latinos. Habia bebido en las sacras fuentes de la escritura el gusto oriental en la magnífica sencillez de su estilo, en la riqueza de sus conceptos. Conocia lo poco que se conoce de esa época artística, que la arquitectura llama *bizantina*, y en la literatura ha dejado escasos recuerdos de aquella fusion entre el Occidente y el Oriente, que marca la historia en la traslacion de residencia imperial de Roma á Constantinopla; en la reunion de una civilizacion decadente con otra civilizacion que tornaba á renacer de los restos de otra esplendorosa.

Valerio estudió las épocas literarias del Norte, desde los cantares sagrados del feroz Alrunismo, hasta los himnos belicosos de las guerreras tribus; desde las canciones marinas del pirata sajón ó Scandinavo, hasta las leyendas caballerescas; desde las melancólicas historias fantásticas, hasta los poemas con que iba la Alemania preparando el camino á la revolucion literaria.

Valerio habia adoptado unas formas especiales en su poe-

sia; y que participando de las condiciones clásicas de la veneranda antigüedad, daba entrada en sus concepciones á la índole de la belleza germánica; á su naturalidad á esa energía de la concision; á esa osadía del pensamiento, apenas trazado en su idioma lacónico y de frases brevísimas.

En cuanto al género de sus composiciones, San-Medardo huyendo de la monotonía inherente á las obras trazadas por el modelo de época, busca una especialidad, y la encontró resucitando las reminiscencias solemnes de la antigua germania, manantial inagotable de inspiracion valiente, porque la sublimidad de asunto y la orijinalidad de las costumbres incógnitas, dan interés, y mantienen en espectacion curiosa al público, cansado de las fórmulas de esos partos del injenio, que se van encadenando á las propias leyes de escuela hasta hacerse insoportables.

No de otro modo Walter Scott, próximo á nuestros dias, se apartó tanto de la novela hastiadora de la córte de Luis XV, en que Ciro, Bruto, Xerxes, y Rómulo; hablaban con la rimbombancia y la rebuscada galanteria de aquella era, cuanto del género sentimental que produjo á Clarissa Harlowe, para poner en accion los siglos caballerescos, los episodios de la edad media; y á brillantes y gloriosos como los de las cruzadas en *Ricardo en Palestina*; ya siniestros como la figura arrogantemente delineada de Luis XI en *Quintín Duvar*.

Valerio se dió á conocer en la córte de Maximiliano dedicando al hijo de Federico III tres cantos magníficos: *Hagessen*, (la virgen del bosque) *Arvernes* (hombre de las altas montañas) y *Fara* (jefe lombardo).

*Hagessen* se remontaba á los fastos de la religion primitiva de los pueblos germánicos. Era la espresion del culto material de la naturaleza, con su *Ertha*, diosa de la tierra, su veneracion por los sombríos bosques, por las espesas selvas, por los manantiales brotando entre las rocas. Despues, la mitología escandinava, introducida por la raza goda; trajo su *Odeis*, y su vida futura con su *Walhalla*, ó lugar de pre-

mios y castigos; su melancólica teología de la perpétua mutación, y su *Asgarda* ó ciudad de dioses; anhelación á la felicidad suprema. Las *Alvunas* se retiraban á los bosques, y allí en la soledad y el misterio entregábanse á la adivinación; apareciendo entre las tribus que tanto las respetaban, para producir los triunfos ó las derrotas de sus hermanos; recojer datos para formar la genealogía de las razas del norte, y distribuir las varitas que servían de talisman á los guerreros.



*Arvenes*, ó el hombre de las altas montañas, vocablo compuesto de *ar* alto, y *verau*, comarca, trazaba la vida agreste de las tribus nórdicas, que poblaban las rejiones montañosas de la Germania, y se distinguían de los bárbaros de las llanuras por la dureza de su trato, indomabilidad de su carácter y pasmosa intrepidez. En aquella cántiga se describía la infancia de aquellos terribles hijos de la naturaleza; su niñez y pubertad, empleadas en acostumbrarse á la intemperie, y su juventud compartida entre las rudas faenas del montero, las guerras con sus vecinos, ó la invasion aventurera en los dominios estensos del imperio romano.

El *Fara* ó jefe lombardo, revelaba un estudio concienzudo del orijen del feudalismo en Italia. Los compañeros de Alboino se reparten el pais conquistado haciéndose duques; pero erijen colonias militares al mando de nobles y valientes caudillos subalternos, que en sus asambleas ó *gastalds* arreglan los negocios públicos, manteniendo el territorio sometido á su jurisdiccion bajo la dependeencia de su duque. Los *faras* recibirán luego el nombre de *farones*, y corrompido mas tarde el idioma de estos pueblos se conocerán los *barones*, lugar-tenientes de los duques, y en otras partes de los condes.

Maximiliano colmó de favores y honras á San-Medardo, y queriendo hacerle lucir en su patria misma, le envió á Bruselas con buena suma de escudos y una carta de recomendacion en que decia á su muy querido nieto:—«Despues »que admireis los talentos insignes de ese jóven singular, »recomendadle al monarca de Inglaterra, á cuya cóрте piensa »trasladarse próximamente.»

Valerio fué recibido con muestras de la mas lisonjera estimacion por el jóven archiduque, y Guillermo de Croy, personaje de tan eminentes conocimientos históricos, despues de varias sesiones con el Virjilio flamenco, hizo el mas cumplido elogio de su erudiccion y selecto gusto.

El trovador pagó la recepcion halagüeña de don Cárlos dedicándole su *Hermann*, canto fúnebre á la memoria de aquel varon germano, que no perdió el amor á su patria por la educacion romana; llevó á cabo el heróico proyecto de libertar á su pais del yugo latino; y pereció asesinado por sus parientes; dejando á la posteridad el recuerdo de sus hazañas, la gloria de los cheruscos, y el orgullo de haber consternado á la Roma prepotente de Augusto.

Chievres hizo imprimir en Holanda, donde la tipografia alardeaba extraordinarios adelantos, la *Batalla de Ultra-Rhin*, que Valerio puso bajo su proteccion, agradecido á los reiterados testimonios de consideracion del privado de su real Mecenas. Este cantar era una sátira, digna de Horacio: el

relato de la ridícula expedición de Caligula mas allá de las provincias rinianas. En aquella trova presentábase al abominable tirano imperial, rodeado de doscientos mil lejonarios; retrocediendo lleno de pavor sin haber encontrado el enemigo; transido del hielo del espanto al oír á un centurion, que si aparecian los enemigos se hallarian embarazados; haciéndose pasar de mano en mano por cima de las cabezas de sus tropas; preparando una falsa sorpresa para finjir ímpetus belicosos; haciendo dar libertad á niños y jóvenes que tenia en rehenes, para salir en su busca á la cabeza de su caballería, y tornar á traerlos cargados de cadenas. Esta fué la *batalla de Ultra-Rhin*. Por conclusion de tales proezas ofrecia San-Medardo el espectáculo de aquel loco déspota, tan cobarde como jactancioso, escribiendo al senado y pueblo de Roma que era repugnante se entregáran á los placeres, mientras César combatia, esponiéndose á los riesgos mas atroces; haciéndose proclamar siete veces *imperator*, en las riberas del Rhin, y añadiendo á sus dictados el de *germánico*.

La maledicencia que jamás reposa, dió el carácter de infamante alegoría á este poema, y se cundió la especie de que Valerio aludia á la victoria de Marignan, obtenida por Francisco primero, y que con tan fundado motivo constituia un preciado timbre de sus fastos.

Del propio modo se creyó despues de Cervantes, que el *Quijote* incluía una burla al espíritu emprendedor y á la condicion romanescamente-hidalga de Carlos quinto; burla que como buen español, y hombre de jénio jamás cupo en el inolvidable manco de Lepanto.

Sabedor del monstruoso sentido, dado á su *batalla de Ultra Rhin*, Valerio renunció á visitar la córte de Francia, para cuyo soberano tenia compuesto un romance, intitulado *Argobasto*. Argobasto fué un franco á sueldo del imperio que en las luchas de Maximino contra Graciano. fué ascendido á general en jefe del ejército galo, posesionado de Roma por Valentiniano el joven. Todos los empleos, así los militares co-

mo los civiles, fueron confiados por el franco á los de su nacion, y rodeando al César de bárbaros, hechuras suyas, mas parecia retenerle prisionero que hacerle la corte como á señor y amo. Asi aconteció que el dia en que Valentiniano le hizo leer la sentencia que le desposeyera de su militar encargo, Argobasto dijo con desprecio=*mi poder no pende del capricho ó de la ira de tan menguado principe.*—Y algunos dias despues, Valentiniano fué hallado muerto en su cama. El franco despreció la mancillada púrpura imperial, y siguió gobernando la Italia y el occidente en nombre del retórico Eugenio, fantasma coronado que hizo subir al trono vacio.

San-Medardo fué convidado á pasar á Inglaterra por el ilustrado Enrique, quien habiendo oido celebrar el génio de aquel adolescente, y el mérito de sus recitaciones poéticas al compás de lentos y melodiosos acordes, quiso poseer por algun tiempo al Virgilio aleman, y juzgar del nuevo género con que enriqueciera la poesia; reducida á la sazón á crónicas caballerescas, abundantes en encantadores, descomunales batallas, y demás episodios amanerados á que Cervantes dió el golpe de muerte, con su burlesca epopeya.

Aceptó la invitacion Valerio, y pidió licencia á don Carlos para trasladarse á la Gran Bretaña; licencia que no sin sentimiento le fué concedida.

—¿Cuándo volveréis, mi sabio amigo? le preguntó el nieto de Maximiliano.

—Cuando vuestra alteza sea emperador (contestó Valerio); es decir pronto.

San-Medardo sin cuidarse de los asuntos de corte habia sido informado de las promesas obtenidas de los electores por el viejo rey de romanos.

Llegado que hubo á Inglaterra, Valerio fué tratado con la mayor distincion. Enrique era un rey muy letrado que conocia las ciencias humanas, y las divinas, en la esfera en que giraban los conocimientos de la época bajo las condiciones escolásticas. Aficionado á las disputas académicas, y á

los aparatos ostentosos de la ilustracion superficial de los eruditos de su era, el monarca inglés acogia con un verdadero entusiasmo á los hombres eminentes, y habia dado una prueba de su decidida propension á la controversia, impugnando á Lutero en una obra sobre los siete Sacramentos de la Iglesia, en que paladin del dogma mereció los ultrajes del irascible rector de Wittemberg.

Valerio consecuente en su costumbre de consagrar una de sus obras á sus augustos protectores, compuso el *Pirata Escandinavo*, cancion marina dedicada á Enrique.

En este canto naval, el poeta daba cuenta de la invasion de las razas normandas de que se enorgullecen de descender las familias señoriales británicas. Pintaba la audacia de aquellos reyes del mar, que navegantes espertos, cual los primitivos sajones, caian sobre las costas, entraban al saco los pueblos, y retirándose ricos de botin no renunciaban al despojo de cuantas naves encontraran en su formidable travesía. Puso en relieve la grandeza de ánimo de aquellas bandas corsarias, que vagando por el Océano germánico en demanda de tributos á su señorío, cargadas de preseas sus naos, y careciendo de víveres, merodeaban en la primera playa que se presentaba á su vista, y entraron un dia á piratear en el puerto de una ciudad de la galia Narbonense, á los ojos del mismo Cárlo-Magno. Admitido en la córte de Enrique con todas las demostraciones simpáticas que pueden satisfacer el amor propio, Valerio se detuvo en ella mas de lo que habia pensado, por las instancias de la hermosa Catalina, hija cuarta de los Reyes Católicos, desposada con el soberano breton á la muerte de su primer marido, Eduardo principe de Gales.

Doña Catalina gustaba infinito de la poesia, y no se cansaba de admirar aquellas trovas, que simultáneamente cautivaban la atencion por la singularidad de las costumbres que describian, y el oido por el sonoro metro que iba modulándose á los acordes del laud. Valerio acostumbrado á cantar las salvajes pasiones del invasor y el pirata, la terrible

solemnidad de la *Alruna*, y la Sacerdotisa Cimbria, consiguió dulcificar su entonacion hasta la ternura del idilio, en el poema conocido por *Morgengabe* (el regalo de boda), que compuso en obsequio de su protectora.

Fué preciso á San-Medardo toda la firmeza de sus resoluciones peregrinas, para resistir á los ruegos de los reyes Anglos, opuestos á su marcha; mas el poeta pretestó la santidad de un voto piadoso que le forzaba á dirigirse á Roma, y provisto de cartas comendatorias para la beatitud de Leon X, se puso en camino para la ciudad cabeza del orbe cristiano.

Leon X era el patrono de las artes: su corte no se componia de amables prelados como la de Alejandro VI, ni de militares como la del belicoso Julio II; sino de artistas. Recibió en consecuencia al cantor aleman con las señales mas inequívocas de aprecio, y fijó dia para el alarde de sus doctes en la cámara pontificia.

Valerio tenia la imaginacion volcanizada al aspecto de aquella Italia tan prodijiosamente rica en tradiciones grandiosas. Como lo confiesa el heresiárca Sajon, inspira un respeto pavoroso cada monumento que se alza recordando ya la Roma, árbitra de la suerte del Universo por sus armas; y á la Roma, metrópoli de la cristiandad por la silla de Simon el pescador galileo. Valerio ante esas dos Romas; la una en ruinas, la otra ostentosamentealzada entre despojos de la primera; ante la Roma republicano-imperial destruzada, y la Roma episcopal-pontificia floreciente, se arrodilló con lágrimas en los ojos. Pasaron ante él los fantasmas de Rómulo que inauguró los destinos de la una, de Pedro que fundó la primacia de la otra; le pareció que se dibujaban en el espacio las formas de una procesion de espectros en que reconocia los héroes de los tiempos primitivos; los dominadores osados de la decadente familia Romana; los mónstruos de sevicia; los tipos de ridícula veleidad, los cobardes césares de la década del envilecimiento. Paralela á esa fila de los hombres de politeismo, creyó descubrir otra procesion de sombras en que alcanzaba á divisar á Pedro y á Pablo

que dieron la vida por su fé; á los mártires, innumerable cohorte, compuesta de mancebos en la flor de sus años; hombres en todo el vigor de la virilidad; ancianos agoviados por su edad ó por sus dolencias; matronas; doncellas candidas; ancianas y niñas; héroes sin aspiracion á la inmortalidad de sus nombres; héroes sin altivez del triunfo, sin el desden de sus contrarios; que confesaban sus creencias ante los potros, garfios, y ruedas aceradas; buscaban en el cielo con mirada moribunda los signos de aceptacion de su sacrificio, y exalaban su postrer hálito rogando por sus verdugos....

Valerio estendió los brazos y exclamó. «=Ciudades de los palacios en escombros y los templos portentosos, yo os saludo!»=

En consecuencia de estas impresiones el trovador flamenco vaciló entre elegir un asunto de los tiempos gentílicos, ó de la era cristiana; pero en breve se decidió: el cristianismo le brindaba sus bellezas de un género mas puro, mas tierno, que la mitología de Valerio sin renunciar á las tintas germánicas, supo encontrar un argumento fecundo y digno de escitar las intenciones en la espiritual corte de Leon.

*La conversion de Hlodovijio* fué el argumento de su poema.

Los francos victoriosos de los alemanes, refieren esta victoria á la intercesion de Clotilde con el dios de los cristianos, y aceptan la ley de gracia abjurando de Odin. Hlodovijio dobla la rodilla con la prez de sus guerreros ante las aras de aquel dios de quien dijo:=*ni prueba su poder, ni su descendencia de las razas de los dioses.* Anastasio papa, consagra aquel primer reino ortodoxo de la barbarie dominadora, y se echan los cimientos de la obra político-religiosa, que ha de civilizar al mundo.

Leon X versadisimo en la mayor parte de los idiomas de Europa, pudo apreciar todo el mérito de aquel canto histórico, pero nunca el oido de un italiano llega á familiarizarse con los rudos acentos del Norte, y al mismo tiempo el or-

gullo de esos hijos de Italia, maestra de las letras y artes en el Occidente, repugna aceptar otras formas de la emision del pensamiento que las impuestas por sus modelos, y aceptadas por los discípulos de su escuela, que hasta la debben la índole de su lengua. Leon y los mas instruidos de sus artistas, oyeron á San-Medardo con ese mudo asombro de quien asiste á un espectáculo curioso en medio de incidentes desagradables.

Aquella gutural pronunciacion; aquellas frases ásperas; aquel estilo lacónico, debian parecer necesariamente chocantes á hombres acostumbrados á pronunciacion suave y grata; á frases de una pomposa sonoridad; á un estilo florido y de elegante galanura. Tal debieron sentir los antiguos romanos el dia en que oyeron las embajadas de aquellos prójénies desconocidas, que se amontonaban contra las vacilantes barreras de su imperio.

Los completamente estraños al conocimiento del idioma y literatura de la Germania, no comprendieron el aplauso que la seccion intelijente dió á estas frases puestas en boca de Hlodovijio en la trova de Valerio.

*Odiu fué dios de nuestros padres: ¡Cristo es nuestro dios! La concha sagrada derrame el agua en nuestras cabezas: humillémonos ante la cruz, que nos exalta: si ha sido el suplicio de Cristo tambien fué la bandera de victoria de los francos.* Alguno de los artistas se preguntaron entre si: ¿merece este cantor de las rejiones nórdicas mezclar sus graznidos al trinar de los ruisenores itálicos? Valerio conoció que su aceptacion en Roma no llegaba á lo que se habia figurado, y que el desden de Italia hácia toda literatura distinta de su clasicismo, obstruia el paso de la fama que deseaba alcanzar en Roma.

Como Lutero, San-Medardo sintió la hiel del ódio hácia aquella orgullosa capital, que se aferraba en no aceptar las inspiraciones independientes de su inspiracion; y reconociendo la valia de sus pensamientos, no era bastante generosa para perdonarle la espresion escéntrica que adoptaba.

Valerio habia hecho un estudio concienzudo de la anti-  
güedad bárbara, y en todas sus poesías desarrollábase el es-  
píritu de aquellas razas de origen incógnito que aparecian  
con su religion, sus leyes y sus condiciones belicosas, im-  
pulsadas todas por una inspiracion de lo alto contra la So-  
doma y Gomorra del Occidente; contra aquel pueblo infestado  
en crímenes; que Dios no quiso destruir por el fuego como  
las ciudades malditas; sino entregarle á las generaciones del  
Norte en una larga y dolorosa espiacion, seguida de la puri-  
ficacion y la nueva era.

La Roma de los papas conservaba las pretensiones de la  
Roma de los Césares, y no pudo prescindir de un movimiento  
de disgusto en presencia del cantor de los francos, de los  
visigodos y los germanos; que traducia el pensamiento hos-  
til de las stirpes bárbaras contra la señora del orbe; que re-  
buscaba sus tipos entre aquellos pueblos siempre rebeldes al  
yugo romano; que celebró á *Hermann*, derrotando las lejio-  
nes de Varo, general de Augusto; que reunia materiales  
históricos para cantar á Alarico y Atila, los dos espantosos  
azotes de la dominacion romana.

Valerio obsequiado por Leon X y los mas ilustres de su  
córte, no tuvo el derecho de quejarse de la galantería ita-  
liana; pero concibió una aversion profunda á el clasicismo  
de aquel país y resolvió segregar de sus trovas toda reminis-  
cencia de los modelos griegos y latinos, confirmándose en la  
idea de identificar sus composiciones á la genialidad de la  
época á que se referia, y por este medio desahogar sus re-  
sentimientos, contra la estrañeza de los italianos á su escuela  
en el grito de encono con que espesara la concitacion de  
las hordas bélicas en desgracia de Roma.

Dos hombres del Norte habian caido de rodillas ante la  
ciudad veneranda sobrecojidos de un relijioso terror, Lutero  
y San-Medardo. Roma habia hecho alarde de su escepticis-  
mo, de su profanidad, de sus tráficos inmorales ante el uno;  
Roma habia rechazado desdeñosa la ilustracion del otro, des-  
echando su naturalidad, sus sencillas bellezas, por chocar

con las ostentaciones y el brillo de su dición majistral.

Lutero volvió á su patria renegando de la Roma imprudente.

Valerio se restituyó á su pais descontento de la Roma presuntuosa.

Cuando Cárlos I fué Cárlos V de Alemania, San-Medardo que retraido en una linda casa agreste de Bruselas estudiaba perseverante los antiguos cantares del Norte, se apresuró á ponerse en camino para Aix-la-Chapelle, ciudad señalada por la *Bula de oro* para las consagraciones imperiales.

Recibido por el emperador con el aprecio mas lisonjeramente testimoniado, Valerio se incorporó á su comitiva, y príncipe de las letras figuró en las ceremonias de la coronacion augusta entre los dignatarios del imperio.

Un acontecimiento súbito privó al trovador flamenco de solemnizar las festividades gloriosas de Aix, con una sesion poética, en que recitára al blando compás de su laud-canto, dedicado al soberano de Alemania.

Don Cárlos pretestando pasion de ánimo, no salió en una semana de su cámara, y tuvieron que retardarse por consiguiente las ceremonias de la recepcion de embajadores, y pleito homenaje de los señores que tenian feudos de la corona.

La vispera de aquellas ceremonias estaba señalada la hora posterior á la comida, para la sesion poética en que Valerio habia de ofrecer al César el tributo de sus talentos.

La sesion ha principiado.

Don Cárlos, pálido pero tranquilo, está sentado sobre una pila de almohadones de terciopelo color de grana, ribeteados de galon de oro con flecos caprichosos. Está rigurosamente vestido de negro, y en ocasiones cruza una nube sombría por su frente, cuya huella se apresura á borrar.

A su lado Guillermo de Croy, su ministro, parece ocuparse en distraer su ánimo de las preocupaciones siniestras, que á ratos le asaltan. Mercurino Gatinará, Brandeburg,

Borrobot, Lanoy, el arzobispo de Colonia, don Enrique de Laredo y muchos otros próceres, se forman en semicírculo á espaldas del emperador.

Valerio medió sentado en un taburete delante del César, preludia tenuemente en su laud, y aguarda la orden de don Carlos, á quien el señor de Chievres no cesa de dirigir la palabra en secreto, escitando en sus labios una sonrisa melancólica, y animando su aliento decaído.

Un murmullo confuso circula por la asamblea, eco de las conversaciones á media voz entabladas por los circunstantes á la expectativa de la seccion poética.

—Señores atencion, exclamó el favorito de don Carlos.

El gabinete quedó silencioso como una tumba.

—Valerio (dijo su majestad imperial con acento cariñoso). la indisposicion de mi buena salud me privó del placer de oírte en el plazo antes fijado; pero, gracias á nuestro Señor, voy á ganar el tiempo perdido escuchando tus cantares.

—Señor! pudo solo responder el poeta, confuso con tan benévolas palabras.

—¿Cuál es el título de tu trova?

—*El Vargo*»

—Señores, (continuó el emperador dirijiéndose á sus cortesanos) los ilustres patricios de Augusto se estasiaban con las hondas de Horacio: Valerio es el Horacio de nuestra edad.

Un rumor de aprobacion acojió estas palabras, y aunque en las cortes nada signifiquen las señales de aprobacion á los discursos de los poderosos, esta vez la aprobacion era espontánea: San-Medardo merecia la predilección que se le dispensaba.

—*El Vargo*, (repitió el príncipe) el desterrado de las sociedades primitivas del Norte; el hombre que no cabia en el gremio de las familias bárbaras. ¡Soberbio asunto!

—¡Ojalá parezca á vuestra majestad aceptable el desempeño!

—Empieza.

—Siempre obediente á vuestra magestad, replicó el Vir-

gilio germánico doblando la rodilla en saludo rendido, y volviendo á ocupar el taburete á la indicacion afable de su Mecenas.

Ese susurro de un concurso que se prepara á prestar su atencion á un incitante espectáculo, ajitó durante un momento la tibia y perfumada atmósfera del gabinete imperial.

San-Medardo se ocupaba en afinar una cuerda de su melódico instrumento.

Guillermo; dijo rápidamente al oido de don Carlos. —Perseverancia, señor; firmeza de espíritu. Es preciso disimular un dolor que no puede revelar su causa.

—Ya lo ves, Guillermo (respondió el monarca con muestras de interna fatiga), parezco tranquilo y tengo traspasado el corazon.

Valerio empezó su canto:

**El Vargo.**

«La luna riela en las aguas del Pó: sus resplandores bañan las blancas tiendas del campamento de Atila, que parecen fantasmas asentadas en las verdes llanuras de la dilatada ribera.»

«Todo reposa en el campamento de Atila, excepto Atila mismo, Aquilea, Altinum, Pádua, y Concordia, desaparecieron del haz de la tierra, Vicenza, Verona y Berganco quedan asoladas y exhaustas por implacable saqueo. Pavia y Milan, han comprado su vida á peso de todo su oro.»

«El azote de Dios piensa lanzar sus humos sobre Cómo, Turin y Módena: luego se arroja sobre la Venecia. Perezca la Lombardia, ha dicho en su furor el que no quiere que nazca la yerba por donde pisara su caballo.»

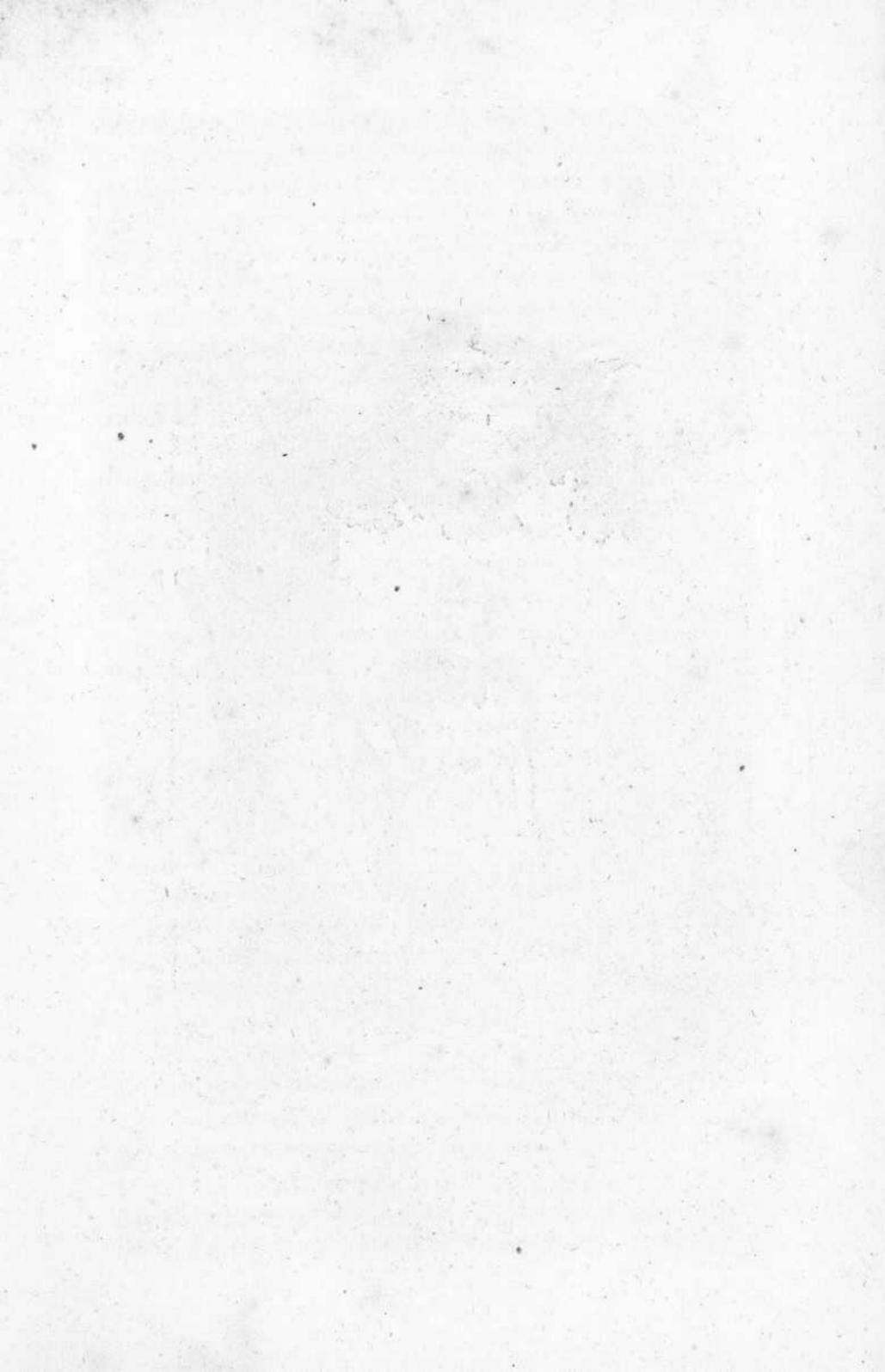
«Los jefes duermen sobre los sacos llenos del botin: los soldados yacen tendidos en torno á las tiendas de sus caudillos en que se hallan reservadas las preseas de su afortunado pillaje. ¡Muerte al que entre en el depósito de sus tesoros durante la noche! ¡Para él no habrá salvacion!»

«Las aguas del Pó, entregan á las brisas nocturnas los ecos del murmullo de su corriente. Se diría que aquel arrullar tétrico es el gemido de la Italia bajo el peso de sus incontrastables dominadores.»

«El ojo del pájaro nocturno, que revolotea en torno de las tiendas agrupadas, descubre al franco que duerme abrazado á su frámea: al aleman que aun en el descanso del sueño no abandona su hacha: al germano que reposa con la mano puesta sobre su corta espada: al Jépido que ampara con su estendido cuerpo la prolongada pica: al escita, armado de su temible arco, con el rostro contra la tierra, sujeto á la espalda el largo carcax: algunos tráfugas godos con su venablo de dos garfios al lado: el alano, hondero formidable: el sueco con su porra rodeada de puntas: el albanés lijero; el caspio inaccesible á la fatiga: el huno, ginete incansable... hasta romanos y griegos, rebelados contra la vergonzosa paz de entrambos imperios; adscriptos á el partido de los fuertes... Almas ávidas de las riquezas que se adquieren con la gloria, y de la gloria que se obtiene con las riquezas... Jensérico decia á el piloto que le pidió instrucciones sobre su ruta.— *«Vamos á donde nos lleva el viento...»*—Los griegos y romanos afiliados á los hunos se han dicho.— *«Vamos á donde nos lleve la guerra.»*

«Los carros forman un circuito al campamento: muralla débil, que en Chalons contuvo á los romanos, burgondos, sajones, francos, alanos y visigodos; valla que defendió las vidas de los soldados, de Atila... Campos cataláunicos cargados de muertos, decid si un guerrero se defiende bien tras los armazones de un carro, si una tribu vencedora puede retroceder ante tan flaco parapeto...»

«Vijilantes centinelas distribuidos en círculo, resguardan el campamento de Atila... Ginetes hunos sobre caballos, hijos del vendabal, pasan de tiempo en tiempo á escape: son las avanzadas que recorren la circunferencia del campo, para asegurarle de sorpresas y cautelosas embestidas.»





El Vardo.

«Ninguna palabra humana se cambia entre los que ve-  
lan ni los que rondan. ¿Cómo se entenderían entre sí los hijos  
de cien diversas familias; los hombres de mil razas diferen-  
tes? Allí no hay contraseña que entienda: en aquella con-  
fusión de idiomas y pueblos, la naturaleza recobra su es-  
presión primaria. Al pasar el jefe de la avanzada por donde  
hay colocado un centinela deja escapar un ligero grito, al  
que contestó el infante con otro análogo. Esto significa  
*no hay riesgo*. Dos gritos quieren decir, *avisa que hay  
novedad*.»

«No hay novedad: no hay motivo de alarma. La Italia  
que atrás queda, duerme con el sueño de los muertos: y  
yace en la calma de las ruinas, ó calla en el parasismo del  
terror vehemente. La Italia, que se ofrece á la mirada co-  
diciosa de los bárbaros, está desierta por el espanto de la in-  
vasión, ó muda al efecto de su medroso pasmo.»

«¿Quién es aquel centinela guarecido bajo un árbol fron-  
doso? En sus manos se divisa una red... ¿Es por ventura un  
pescador que se dispone á sacar de su elemento á los mo-  
radores de las ondas del Pó? es un *retiaro* germánico: un  
pescador de hombres. En la pelea ese lidiador envuelve en  
las mallas de sus redes al enemigo; le atrae y privada de  
movimiento la víctima, aloja el puñal en las cavidades de su  
pecho.»

«Aquel guerrero singular, tostado por el sol su cútis;  
pintados sus párpados de rojo; de torvo gesto; de estatura  
colosal, inspira miedo. Se asemeja á un espíritu de la devas-  
tación, sonriendo entre los escombros humeantes de una ciu-  
dad incendiada.»

«Aquella criatura no tiene nombre, patria, familia, ni  
fé: no cabe en la asociación pacífica de los hogares; dese-  
cho de la sociedad bárbara es bandido, invasor, y soldado  
de las tribus conquistadoras: es un *vargo*.»

«Nacido en la tierra de los cimrios, á orillas del mar  
de los Suevos, entre los teuctones, los sajones, los causos y  
los varinos, esa criatura recibió el nombre de Boiorix, como

se llamaba el rey de los cimbrios, que pereció con sus valientes tribus en las riberas del Adige.»

«Descendiente de una raza esforzada de guerreros, Boiorix, había perdido toda la gloria de su estirpe en una invasión de lombardos. Sus riquezas le fueron arrebatadas: los vencedores se llevaron sus ganados, le despojaron de su caballo de batalla, de sus armas, hasta el casco de su padre... aquel casco que remataba en la cabeza de un oso boquiabierto con dos alas de águila por cimera. Boiorix escapó al esterminio de su comarca. Marchó á una marca vecina y allí fué recibido con desden.»

«Los hombres de aquella poblacion dicen al verle: *¿Por qué no ha muerto al lado de sus hermanos?*—Le dan tierra para que edifique una cabaña, un hacha de dos filos, y un arco. Las mujeres murmuran entre sí:—*Quién es este extranjero solo en medio de nosotros como la peña negra del vecino mar entre las olas?*»

«Boiorix, desea enlazar su vida solitaria á la vida de una mujer; suspira por la hermosa y fuerte Oldina, hija de Teuton Sejesto; ¿pero con qué regalos la pedirá á su padre? El peregrino no posee bueyes que remitir á Sejesto en la demanda nupcial, un caballo guerreramente ataviado que ofrecer al Assa de la rica tribu; un reluciente escudo con la pica y el machete con que obsequiar á la jóven, indicándole con tales símbolos el destino marcial de la mujer bárbara, que combate al lado de su esposo.»

«Boiorix, ve todos los dias al declinar el sol á la doncella por quien suspira en secreto. Oldina viene al frente de las esclavas de su padre, que conducen en vasijas de barro el agua pura de un raudal escondido entre peñas... El misero huesped de los teutones no se atreve á esplicar su pasión... Estiende la mano hácia el Oriente y dice á la belleza teutona:—*Eres tan grata á los ojos mortales, como Siwa á los de Odin.*»—Siwa es la diosa de la juventud y la hermosura: Oldina parece su primojénita; la hija de sus primeros amores, la primicia de sus entrañas, fecundadas en

los trasportes de la noche primera de amor.»

«Alderman su noble prometido, sabe la frase con que saluda el tétrico huesped á la prenda de su corazon y la ira fermenta en su seno como el veneno de la sierpe en sus fauces. Se coloca cerca de la cabaña aislada; vé pasar á Oldina; escucha el saludo del extranjero y acude temblando de furor.»

«—Perro lanzado de tu cueva, escóndete cuando cruce esta senda la hija del Assa. Sejesto (le dice): porque por el nombre sagrado de Thor, que si asomas tu cabeza de jabalí, te haré poner el bocado de doma de mis caballos.»

«—Yo no soy un esclavo (replicó Boiorix con amargura), ni un extranjero. Soy un cimbrio de la marca destruida de Treva, descendiente de los baldos. Mi pobreza ¡rocede de la irrupcion longobarda. No puedes mandarme; ni tienes sobre mí el derecho de castigo.»

Alderman alza la mano y la descarga violentamente sobre el rostro de Boiorix.»

«El cimbrio, rápido como la estrella que rueda de una nube á otra, engasta una hoja de limpio acero en el pecho de su ofensor. Cae Alderman con los brazos abiertos; cerrados los ojos; traspasado el seno por el cuchillo... La sangre ha manchado la tierra... Un cadáver sangriento pesa sobre el suelo de la marca... Una diestra destructora ha inmolado á un hombre en la calma de los hogares pacíficos... Pronto pedirán justicia los habitantes de aquella poblacion salvaje... Llamarán al Assa, acusarán al asesino y se le impondrá el *Werhgeld*: el precio de la sangre derramada, ó estrañacion de los vargos.»

¡*El werhgeld*! ¡la paga de los homicidas!... ¿Con qué ha de satisfacerle Boiorix? *El werhgeld* se satisface por los parientes cuando el matador no posee lo bastante para indemnizar á la asociacion de su atentado: Boiorix es solo entre los teutones, cual la peña negra del mar de los suevos entre las olas, como decian las mujeres del pais.»

«Pues sino puedes pagar (sentencia el Assa) sé var-

go.»—Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Boiorix: las últimas de sus ojos; lágrimas tan gruesas como dos gotas de agua sobre el peñasco salpicado por las olas: lágrimas en que rebosó todo lo que restaba de humano dentro de aquel hombre convertido por la ley en fiera vagamunda, sin derecho á penetrar en las marcas, arrojado del trato racional, declarado el maldito errante en la naturaleza; la sola madre que no repele á sus hijos.»

«El *vargo* saltó la cerca de su cabaña apoyado en un largo palo. Los gritos de la multitud le despidieron. Se volvió con la sonrisa de hiel y correspondió á la tumultuosa despedida. Boiorix no podía dirigirse á ninguna otra marca: su religion se lo veda. El *vargo*, es el cain de la mitolojia escandinava. La espiacion de su crimen, es la pérdida de todos sus derechos. Puede buscar las hordas de *vargos* que admiten á los malditos como ellos, y aventureros militares recorren en banda feroz la germania y las provincias del imperio.

«El *vargo* está facultado á reclutarse en las escuadrillas sajonas y piratear por las costas germánicas, atacando las galeras romanas, saqueando las poblaciones establecidas en las playas, jugando su vida y la fortuna de sus sorpresas á los azares del proceloso piélago. El *vargo* no tiene prohibido por su fé alistarse en las hordas que se lanzan sobre las provincias del imperio, en busca de las riquezas de los pueblos civilizados, del oro de los convoyes con que Europa mantiene la opulencia de la capital del Occidente; del tributo con que Roma incita la avaricia de los bávaros, creyendo contenerlos con arrojarles los despojos de su tiránica depredacion.»

«Pero ya pirata sajón, ya soldado de Jenserico ó de Atila, el *vargo* no tiene nombre. Se distingue por llevar el brazo derecho desnudo, por su sombrío silencio, por su valor desesperado; su desapiadada condicion. Obediente al jefe que le manda, mientras pelea es un tigre hambriento cuando dá la señal de degüello, del pillaje ó la tala. En los momentos del

peligro mas inminente, cuando los mas esforzados claman ¡atras! el *vargo* grita ¡adelante!... ¿Qué tiene él que perder? Solo la vida. ¿Y qué importa la vida del *vargo*?

«Vargo y terror son dos palabras gemelas. El *vargo* es un objeto de veneracion temerosa para las razas del norte; ha muerto para la sociedad de los bárbaros, es un cadáver que solo vivifica la atmósfera abrasadora de los combates. Los adalides que le dan plaza en sus falanges le miran con supersticiosa prevencion: un hombre que al avanzar hácia el enemigo, no siente flaquear sus brios á los santos recuerdos de patria familia y deudos, puede hacer alarde de los últimos grados de temeridad. Un hombre que lo mismo sigue á su caudillo por las fértiles llanuras del pais itálico, que por las ásperas montañas de la Grecia septentrional, que ni desea hacer alto en las comarcas risueñas, ni murmura acampado en los arenales del Africa es un verdadero tesoro para el capitán invasor: así es que el *vargo* es soldado de primera línea; se trata de tomar un punto inaccesible por la fortaleza de quien le defiende; de morir un centenar para que otro centenar se enseñoree de alguna posicion; el jefe pregunta á su tercio:—¿quién desea morir ó vencer? Nosotros, replican los *vargos* saliendo de sus filas, alegres cual si fueran á una expedicion placentera.»

«Y el *vargo* que en la lid calla, y ni mezcla sus alaridos á los alaridos de la multitud guerrera, ni tiene derecho para entonar con la banda militar á que pertenece el *bardit*, ó canto bélico-religioso cuando suena la hora del saqueo, de la carniceria, del incendio, desahoga su reprimido furor en gritos que nada tienen de humano, en ahullidos que espantarian á las fieras... En el campo de batalla recibe y causa profundas heridas sin una exclamacion de dolor y cruel júbilo... Mata y muere sin hacer escuchar su voz...»

«Pero llega el momento de la devastacion... Los mismos bárbaros del Asia se admiran de la ferocidad del *vargo*... Ciudades que os estendiais del Ponto Euxino al mar Adriático; Narsius, Simium, Batiaria, Marcianópolis, Sárdeca, y

*Cárlos Quinto.*

setenta florecientes poblaciones ¿quién os ha destruido? Atila ¿cuál de sus soldados se encarnizó mas en destruir vuestros monumentos, en degollar á vuestros hijos, en arrasar vuestros edificios y murallas? El *vargo*.»

«El *vargo* deja el cofrecillo de las preciadas alhajas por esterminar á los moradores de la casa en que penetra... Poco le importa que llegue un albanés un visigodo y se apodere de los objetos de valor, con tal que no le arranque el gefe de familia á quien derriba de un hachazo; el niño de pecho á quien clava en su pica.»

«Donde hay que ver al *vargo* es en el asolamiento de una construccion ostentosa... En la mano la incendiaria tea; corriendo desatentado como la Bacante romana; trayendo haces para las piras; amontonando combustibles sobre las maravillas del arte; saltando por entre las gigantes llamas para abrir respiradero al fuego ahogado entre las masas desplomadas; palmoteando de gozo al observar los progresos del elemento devorador, triscando por entre las derruidas fábricas como los corzos entre sus jarales.»

«El *vargo* no es avaro mas que para la destruccion. Jamas cuestiona por riquezas. Frecuentemente cede su parte en el botin á los descontentos del pillaje. La interposicion entre él y su víctima le irritaria, la menor objecion que opusieran á sus desolaciones enardeceria su comprimida furia. Su codicia es de lágrimas de sangre. Goza de ver una familia pedirle la vida de hinojos; las manos juntas, descompuestos los semblantes por la consternacion. Goza en probar su corazon de fiera, que nadie ni nada puede ablandar.»

«Este es Boiorix convertido en *vargo*.»

«¿Y qué pensamientos se ajitan en la mente de este soldado de Atila, vijilante del campo del rey de los Hunos? Aprovechad el silencio de la noche para oir el canto que murmura en la soledad de su cuidadosa guarda... Ese canto es el grito de la barbarie contra Roma: es la amenaza de las sociedades infantiles contra la civilizacion decrepita: es la señal del destino que empieza para los hijos de un mun-

do ignorado, que concluye para la despótica dominadora del universo.»

«El vargo canta:

«Mañana alzaré el sol su frente: nosotros nuestro campamento. Vamos hacia los que Odin quiere castigar.»

«¡Perezca la ciudad de los palacios! ¡Esterminio á la raza de Rómulo vejadora de los débiles; esclava de los fuertes! La que hizo siervos será sierva. La que humilló, será humillada. ¡Justicia del cielo!»

«Ha llamado así los bárbaros para oponerles á los bárbaros. Cuando se ha defendido no hemos hallado romanos: hijos del Norte; del Asia, del Africa, hasta *vargos* disfrazados con el *sagum*, de los legionarios. No la servirán por mucho tiempo. Atila nos guía: una voz de lo alto nos manda: un instinto irresistible nos impele.»

«¡Nada de tributos! ¡Nada de cobardes concesiones!... No queremos mas oro, no descamos esclavos! sino arrasar. Rómulo la edificó, dicen ahora; Atila la derribó dirán en lo futuro.»

«¡A qué pedir lo que podemos tomar! ¡A qué tomar á plazos lo que podemos adquirir de una vez! Roma espera aun breves dias... vamos por lo que tienes; pasaremos sobre tí como una manga de fuego, y la tierra en que te alzas la sembraremos de sal.»

«Mañana alzaré el sol su frente: nosotros nuestro campamento. Vamos hacia lo que Odin quiere castigar.»

«El galope de los caballos de la avanzada interrumpió el canto del *vargo*, pasaron los ginetes Hunos como arrebatados por una ráfaga del huracan. El gefe dió el grito de costumbre. El centinela respondió con otro.»

«No hay novedad en torno del campamento.»

«En el campo de Atila todos reposan, escepto Atila mismo.»

«Bien, mi ilustre amigo, (esclamó don Carlos con entusiasta emocion) reconozco todo el detenido estudio de las costumbres bárbaras, realzadas en su palpitante interés por tu genio.»

—Señor, murmuró San-Medardo sin ser poderoso á seguir el discurso en el trasporte de su satisfaccion por los elogios del príncipe.

—Guillermo (dijo el César á su privado) entregareis á ese insigne jóven la cadena que llevábamos al cuello el dia de nuestra coronacion imperial.

Valerio cayó de rodillas.

—Señores, (añadió la magestad Cesárea con animacion estrema) la joya de un emperador bien está sobre el pecho de tan inspirado artista. Alejandro dijo del filósofo cínico— *si no fuese Alejandro, deseara ser Diógenes*—Con mejor razon os digo que si la corona mas preclara del orbe no circuyera mi frente, ambicionara el laurel de este mancebo.

—Señor, sois un dios sobre la tierra, contestó Valerio en el colmo de exaltacion de su alborozada gratitud.

—Espero que esta trova se dé á la estampa.

—Y acojida á vuestro patrocinio, señor, si lo permitis.

—No lo permito, lo exijo.

—¡Escelsa bondad!

Don Carlos se levantó, hizo un saludo amigable á San-Medardo; un signo de benévola despedida á los señores de su corte que inclinaban sus cabezas divididos en dos filas, y penetró en las habitaciones interiores de aquel departamento.

Guillermo de Croy reemplazó al rey Católico en la presidencia de aquella reunion cortesana, exigiendo al Virgilio aleman, que recitase el *Morgengabe*, (regalo de boda) poema dedicado á la reina Catalina de Inglaterra.

El anciano Herman esperaba á don Carlos en su retrete.

Imponia respeto aquel venerable montero, rigurosamente cubierto de luto: resaltando sobre la piel negra del capotillo sus largos cabellos blancos, sobre el peto del jubon de vellorí su barba de nieve.

Era triste la espresion de su fisionomía; de una tristeza que participaba del pesar y del horror.

Apoyado en el alfeizar de una ventana, tenia fija la vista en los caprichosos mosaicos del pavimento: las manos cruzadas, el un pie sobre el otro.

El emperador se adelantó á su encuentro apresurado.

—Adios Stolk, le dijo con prevencion afectuosa.

—Adios soberana magestad, respondió el viejo.

—Siéntate, repuso el monarca recostándose en una otomana con muestras de fatiga.

—Permitame vuestra magestad permanecer de pié, replicó Herman.

—Como te plazca.

Stolk daba vueltas al capicete entré sus manos trémulas como indeciso entre empezar su plática ó esperar la es-citacion del rey á que esplicase su pensamiento.

Don Cárlos comprendió los embarazos de aquella posicion del fiel criado de su padre.

—He recibido tu aviso (le dijo con afabilidad) y consecuente á tu demanda, estoy dispuesto á oírte en sigilosa conferencia.

—Señor, (esclamó el montero estraordinariamente afectado) bien sabe el cielo que antes de resolverme á esta estremidad, consulté todo mi valor, despues de consultar mi conciencia.....

El emperador se incorporó alarmado por este exordio.

—Sí, gracioso señor, (insistió el anciano, cada vez mas resolutivo) algunos dias he pasado en meditar cuál debiera ser mi conducta en circunstancias tan dificiles...

—Pero ¿qué es ello? interrogó el César lleno de sobresalto.

—Un incidente de que no puede V. M. formar idea.

—¿Alguna desgracia?

Herman calló.

—¿Y mi hijo? preguntó don Cárlos con angustia.

—Goza de la mas envidiable salud.

El César respiró libre de sus terribles inquietudes por Cárlos.

—Señor (dijo el montero con solemnidad), antes de mi esplicacion debo consultaros sobre su difícil punto.

—Veamos, contestó la magestad Cesárea conteniendo su curiosidad impaciente.

—¿Qué es preferible, saber la desgracia que nos rodea sin ser apercibida, ó ignorarla?

—Esplicate mas.

—¿Qué es mejor, conocer la fatalidad en todos sus horribles pormenores, ó sentir su golpe sin analizar sus causas?

—Enigmático estás, mi buen Stolk.

—Procuraré aclarar la idea cuanto me sea dable.

—Prosigue.

—Supongamos que sin saberlo matara un hombre á su padre...

—Bien, la historia de Edipo.

—Matar á un hombre es un crimen, pero privar de la vida á su padre es un atentado espantoso...

—Pero si fué sin saberlo, que es tu suposicion, es un crimen y una desgracia, que sin embargo no constituye el parricidio, porque el ánimo la intencion, precedente del crimen, faltan en este caso.

—Convenido; pero volvamos á mi propósito.

—En hora buena.

—El que viniese á decir al homicida. — «Yo sé que tu víctima te habia dado el ser y aqui tienes las pruebas...»

—Esa revelacion fuera cruel.

—Pero vos señor, vos en el caso del homicida...

—Yo, en el caso del homicida...

—¿Cómo recibirais semejante esplicacion?

—Segun.

—Hacedme el favor de ampliar ese segun.

—La revelacion <sup>p</sup>odia ser obra de un amigo, ó un enemigo.

—Es verdad.

—O nacia de sentimiento leal, ó de un malévolo fin: ó tenia por objeto ilustrarme sobre un punto interesante de

mi conducta pasada, ó aumentar el remordimiento de mi falta.

—La revelacion es de un amigo.

—¡Cómo!

—Digo que supongamos á la amistad móvil de la declaracion del terrible secreto.

—Entonces...

—Continuad, señor.

—Herman, tu consulta me inquieta sumamente.

—No me interrumpa vuestra magestad... entonces...

—La agradecería, siempre es bueno explicarse todo: hasta las desgracias que mas nos aflijen.

—¡Con que lo agradecería vuestra magestad!

—Sin duda.

—¿Y el que le patentizara el misterio de su proceder, el conjunto de circunstancias ignoradas, el cúmulo de coincidencias fatales, que le habian conducido á..?

—Stolk ¡pronto! ¡Ese secreto!

—¡Qué secreto, señor!

—El que palian tus preguntas azoradas; el que encubre tu consulta ansiosa, el que estoy adivinando en todo el terror de tu importancia en la zozobra que te ajita.

—Aseguro á vuestra magestad que...

—Montero (esclamó don Cárlos entre imperativo y temeroso) no retrocedas un paso de tu franca posicion.

—No retrocederé, repuso Herman con firmeza.

—Así mi valiente amigo.

—He vacilado en agravar vuestros dolores...

—Soy fuerte, Herman.

—Mi revelacion es espantosa señor.

—Nada temas.

—Escuchadla.

—Siéntate.

El anciano obedeció.

—Empieza dijo el emperador con una calma imponente.

—Habeis oido decir que yo era el secretario íntimo del ar-

—Habeis oido decir que yo era el secretario íntimo del archiduque don Felipe; su *mercurio*, cual me llamaba el difunto conde de Nassan....

—Efectivamente.

—Vuestro padre era un jóven de una belleza ideal. Las damas de Francia que vieron su retrato en el libro de la caballería del Toison, tenian por muy venturosa á la mujer que gozaba de tal marido....

—Continúa.

—Vuestra madre amaba á don Felipe con una idólatra ceguedad. Tenia celos de su sombra por tocar antes que ella á tan hermoso consorte. Hizo quitar de su oratorio una santa de que el archiduque gustaba infinito, mirándola con afición cada vez que entraba en aquel lugar sagrado...

—Los celos de doña Juana han dado mas de un escándalo.

—Y han causado mas de una una desgracia.

—Adelante, Stolk.

—Don Felipe no amaba á su esposa; la razon de estado le unió á ella, y el mismo amor frenético que manifestó doña Juana, contribuyó á desviarle de sus incesantes solicitudes. Entre las nobles meninas y damas que formaban el cortejo de vuestra madre, vino á los Paisés-Bajos la duquesa de Via-Sacra, y ¡ójala nunca viniera!

—¿Quién era esa muger?

—Una hija de cierto hidalgo de Asturias, que por espléndida beldad prendó al duque de Via-Sacra, y fue ascendida al rango escelso de prima de sus reyes, como se titulan los próceres de primera gerarquía en España, segun he oido contar.

—¿Y dices que era hermosa?

—Como un ángel... no, como Lucifer antes de su culpa.

—Sigue tu relato.

—El archiduque se anamoró perdidamente de la duquesa, y la duquesa del archiduque. Yo fui el secretario de estos amores. Nada advirtieron en la córte; mas doña Juana

tenia dada comision de espíar á su marido á un montero español, á un montero de Espinosa; un demonio en figura humana: pero leal á la hija de los reyes católicos hasta verter por ella toda su sangre: criatura singular dotada de la astucia de la raposa, y de la bravura del leon.

—¿Y ese montero?

—Todo lo descubrió; y lo reveló todo á su señora: las relaciones adúlteras; el lugar de las citas; la hora; el estado de la duquesa, que recelando conociesen el fruto de sus culpables complacencias, habia obtenido, bajo pretesto de enfermedad, relevo de sus servicios en palacio por cierto tiempo... Doña Juana sorprendió á los amantes y la escena fue desastrosa... Vuestra madre en el colmo del furor cortó las magníficas trenzas de la querida de don Felipe... y el archiduque, arrebatado por la ira, dió una bofetada á su augusta consorte...

—Basta, interrumpió don Carlos consternado.

—No habia tiempo que perder: doña Juana escribió al duque la tremenda historia de su ignominia. El duque era uno de esos orgullosos castellanos que sacrifican todo á su honor, y á la primera noticia del ultraje que recibiera, su venganza no se haria esperar. En consecuencia de las órdenes de don Felipe, me puse en camino en compañía de la duquesa y la llevé á Bruselas, á donde entre las agonías de una cruda desesperación, dió á luz una hermosa niña...

—¿Y esa niña?

—El emisario de doña Juana nos habia seguido de cerca.

—Supo que los adúlteros amores habian tenido consecuencia, y resolvió robarnos al mísero ser nacido entre las sombras de la medrosa ocultacion...

—¿Y llegó á verificarlo?

—Logró su intento ¡Oh! Era un hombre atrevido y sin mas voluntad que la de ejecutar á toda costa la voluntad de su dueña. Penetró en el silencio de una noche por la ventana, cuya aldabilla levantó por el hueco de un cristal quebrado; asesinó á un page que rendido por la fatiga, se ha-

bia dormido á la entrada, y se precipitó por la ventana... La duquesa despertó, vió la cuna vacía, la escala pendiente. Lancéme en seguimiento del raptor... recorrí toda la ciudad; ¡inútil tarea!.. La niña no fue encontrada á pesar de innumerables diligencias, y la madre abatida por tan fiera desgracia, falleció entre mis brazos....

—Y bien...



—Y bien, el montero de Espinosa murió á mis manos, refusingo revelar el paradero de la niña, dos meses despues del raptó. Vuestro padre pereció de repente; de resultas de haber bebido agua acabando de jugar á la pelota en casa de don Juan Manuel, y el vaso fue alargado por el duque de Via-Sacra, que en seguida marchó á las guerras de Africa, donde murió en la toma del Peñon de Velez de la Gomera.

—¿Y esa niña?

—Esa niña llevaba al cuello una señal dada á mí por su padre: una medalla de oro que decia en un *mote* al rededor del sol entre nubes:—*Oriam et videbis lucem.*—Esa niña

era Juana, duquesa de Belle-Chasse, madre de vuestro hijo; hija de vuestro padre... recordad sus palabras antes de fallecer... ha llevado este indicio de su nacimiento desde la infancia, y hasta...

—Herman (gritó el César con exaltacion formidable). Ese horrible secreto quede entre Dios, el revelador, y el maldonado por el cielo en sus primeros amores.

Capítulo	Páginas
I. La fiesta del rey.	1
II. El nacimiento.	31
III. La primera conquista.	80
IV. El paramento.	110
V. La enferma.	155
VI. La boda de.	210
VII. El último voto.	245
VIII. Herman Stahl.	285

**FIN DEL TOMO PRIMERO.**

en tanto, cuando se viene a hablar de la vida de  
 un hombre, se debe tener presente que el hombre  
 no es un ser abstracto, sino un ser concreto,  
 que vive en un tiempo y en un espacio determinados.  
 Por lo tanto, al estudiar la vida de un hombre,  
 no se debe olvidar el contexto social y cultural  
 en el que se desarrolla.

En el momento de escribir este artículo, me  
 encontraba en un momento de profunda reflexión  
 sobre la vida y la muerte. Me preguntaba  
 qué es lo que realmente importa en la vida,  
 qué es lo que nos hace humanos. Me acordaba  
 de las palabras de un poeta que decía: "La vida  
 es un sueño, pero el sueño es la vida".  
 Estas palabras me hacían pensar en la brevedad  
 de nuestra existencia y en la importancia de  
 vivir cada momento con plenitud.

# INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE COMPRENDE ESTE TOMO.



<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
I La fiesta del asno. . . . .	5
II El moribundo. . . . .	35
III La primera conquista. . . . .	69
IV El juramento. . . . .	110
V La enferma. . . . .	155
VI La corona de Carlo-Magno. . . . .	219
VII El último voto. . . . .	241
VIII Herman Stolk. . . . .	285

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

ADVERTENCIA.

Habiendo tenido que, sacar los asuntos para la ilustracion con anterioridad á la publicacion, no ha sido posible dar las láminas que corresponden á el tomo 1.º, y por lo tanto, la plantilla para la colocacion de estas, se dará junta en el tomo 2.º . . . . .

Se están preparando los trabajos para una vez terminado Carlos Quinto, dar principio á Felipe Segundo de Castilla.

## OBRAS PUBLICADAS.

---

Escuela del gran Mundo. . . . .	28 rs.
Ernestina, dos tomos. . . . .	40
La hija del Asia. . . . .	Id.
Leyla en Oriente. . . . .	6
Delfina, ó el casamiento despues de su muerte. . . . .	8
Isaura, ó la venganza de una muger. . . . .	10
Los dos Robertos. . . . .	50
El valle de lágrimas. . . . .	40

## DE LA HISTORIA NOVELESCA.

---

Doña Urraca, ó la corte y sus intrigas. . . . .	14 rs.
Fernando IV. . . . .	16
Alonso XI. . . . .	27
Don Pedro I y Enrique II. . . . .	47
Don Juan I. . . . .	33
Enrique III. . . . .	14
Don Juan II. . . . .	40
Enrique IV. . . . .	40
Cárlos I, ó los siete embajadores. . . . .	35

## CONDES DE CATALUÑA.

---

Wifredo el Velloso. . . . .	12 rs.
-----------------------------	--------

OBRA PUBLICADA

28 rs.	Escuela del gran Mando
10	Ernestina, dos tomos
16	La hija del Asia
6	Leña en Oriente
8	Delina, ó el casamiento después de su muerte
10	Isaura, ó la venganza de una mujer
50	Los dos Haberes
40	El valle de lágrimas

DE LA HISTORIA NOVELADA

44 rs.	Doña Iruca, ó la corte y sus intrigas
18	Fernando IV
27	Alonso XI
27	Don Pedro I y Fernando II
25	Don Juan I
14	Fernando III
40	Don Juan II
40	Fernando IV
25	Carlos I, estos siete emperadores

CONDES DE CATALUÑA

Witoldo el Velloso